

# Presentación

Cuando una nueva revista nace, aunque salga con todas las bendiciones de la burocracia, inicia una aventura cuyo devenir es siempre incierto, debido, en primer lugar, a las personas que la producen -no es tan fácil como se cree asegurar la continuidad de una publicación científicamente digna- y, en segundo lugar, debido a los posibles receptores: ¿cuál es el horizonte de espera del lector? ¿coincide éste con el deseo del que escribe?

Esta última observación es de capital importancia si pensamos en el divorcio que hoy existe entre Universidad y Sociedad Civil y, también (todo hay que decirlo) entre Enseñanza Superior y Enseñanzas Medias. Aquella sigue empeñada y encerrada en su quehacer científico, especulativo, de escasas repercusiones prácticas para la sociedad -incluso en el nivel de la enseñanza; éstas se hunden cada vez más (gracias a las directrices políticas y administrativas) en un marasmo pseudopragmático y pseudoformativo que -so pretexto de enseñar a los adolescentes a vivir en colectividad- va abandonando, paulatinamente, todos los presupuestos de una formación y de una información no ya clásica, ni siquiera humanista -si a este término le damos su significado total: saber del hombre relativo a todas sus instancias, las materiales y las espirituales, las pragmáticas y las estéticas, las presentes y aquellas que, a lo largo de la Historia, han ido estructurando un modo de juzgar, de sentir y de soñar el mundo en el que vivimos.

Ante estas circunstancias, al presentar una revista que pretende ser científica -es decir, erudita y crítica- uno se pregunta cuál puede ser su función de cara a un mercado, por muy restringido que éste sea.

Una publicación, sea cual sea su contenido, no puede contentarse con la "happy few" a la que se refería Stendhal pensando en sus posibles lectores. Contentarse con esa minoría feliz supondría caer en un narcicismo que la

conciencia social impide -incluso si con él obtenemos un reconfortante regocijo intelectual que (dicho sea de paso) no lleva a ninguna parte, salvo a ahogarnos en nuestra propia imagen.

Una publicación que pretende mantener intacto el espíritu universitario (pero, ¿qué se entiende hoy por espíritu universitario? debe aspirar como diría Juan Ramón Jiménez a "la inmensa minoría" que aún queda perdida por los rincones del saber y de la enseñanza; esa inmensa minoría oculta -a veces de manera vergonzante- frente a los asaltos de una pedagogía y de una metodología sin contenidos; minoría añorante, al mismo tiempo, de un saber a la antigua usanza, capaz de desentrañar todos los rincones ocultos de la historicidad y de las estructuras, y de un saber, lleno de *sabor* y de *saber hacer* (y recupero las expresiones de Barthes en la *Leçon*) que ayude a extraer de la ciencia el jugo necesario para aprender a vivir y para aprender a enseñar a vivir de *una manera diferente*.

Francia -y no es culpa de los profesores de Lengua y de Literatura Francesas- ha perdido hoy en el mundo su proyección intelectual (no tiene al menos la proyección que antes tenía). Ello se debe, sin lugar a dudas, a dos circunstancias complementarias.

Por un lado, Francia representaba hasta nuestros días -junto a otras naciones europeas- eso que he llamado el *saber* y *sabor* universitario y el soporte creador -filosófico, artístico y pedagógico- sin el cual aquél no puede existir. ¿Representa Francia para el resto del mundo esa instancia cultural y científica en la actualidad? Y si la ha perdido ¿cuáles son las razones de esta pérdida?

La conciencia colectiva del mundo occidental no responde en estos momentos las inquietudes que despertaron en su día los grandes temas existenciales y estéticos que han configurado el devenir histórico de Europa, no sólo en Francia; ello implica la decadencia de lo que tradicionalmente se ha venido llamando *Las Humanidades* (incluyendo en éstas un razonamiento crítico acerca de la Ciencia).

Por otro lado, Francia, como nación -y sobre todo su representación en el extranjero (sin duda por indicación interna)- no ha sabido mantener la tensión que, en el mundo actual, conllevaría el seguir siendo representante oficial de la conciencia cultural europea, ello la ha llevado a caer en la tentación de experiencias con resultados más inmediatos: ha dedicado sus activos a fomentar la relación comercial y aquellos aspectos prácticos ligados a la lengua que podían ayudar a ese último objetivo.

Los resultados comerciales los ignoramos -no es nuestra misión de literatos o de lingüistas conocerlos. En lo que se refiere a la ayuda aportada a los aspectos pragmáticos de la lengua, podemos decir que, en gran parte, han caído en saco roto.

Las naciones no cubren en el mundo la misión que se proponen cubrir, sino aquella que las demás naciones le invitan a realizar y, a veces, les permiten. Y a Francia -aunque les pese a sus actuales gobernantes- la misión que se le había encomendado era la de ser el baluarte *literario y metódico* de Occidente -Rabelais y Montaigne, desde el nacimiento de la Modernidad.

Los Departamentos de Filología Francesa se encuentran, debido a todo ello, sumidos en una doble orfandad. Por un lado, sus enseñanzas cada vez interesan menos a una sociedad que sólo quiere saber Francés para hablarlo de cara a la obtención de un rendimiento crematístico inmediato (y cada vez menos) -cuando sabemos que, para hablar francés sin grandes miramientos, no es necesaria una inversión universitaria costosa en inteligencia, en tiempo y en dinero: se aprende mejor en Escuelas de Idiomas, Academias o en unas vacaciones provechosas al lado de amigos y de amigas que, al mismo tiempo, te sirven de recreo. A pesar de todo, nos empeñamos, acertadamente, en un saber lingüístico y literario que poco a poco se está convirtiendo en "clásico".

Por otro lado, nuestra orfandad se hace eco de la caída de las matrices culturales y étnicas que fundamentaban nuestro saber: Francia ha dejado de ser faro, o es faro que alumbra costas culturales cada vez menos transitadas. Y así nos vamos convirtiendo en fareros del desierto. Alumbramos los barcos de cabotaje que, de vez en cuando, transitan solitarios nuestras costas y, el resto del tiempo, con los ojos perdidos en el horizonte de la Historia, soñamos con nuestro pasado fecundo y feliz de heraldos de la esencia cultural de Europa.

Con esta añoranza, pero con el deseo de futuro que siempre caracteriza a los grandes añorantes, nace la *Revista de Filología Francesa* del Departamento de la Universidad Complutense de Madrid. Un intento serio de aunar pasado y futuro en un presente que, no por presentarse problemático y angustioso, deja de ser apasionante: las épocas de crisis, como decía Chateaubriand, son las mejores, existencialmente hablando: impiden el aburrimiento, despiertan el desasosiego, hace más fecunda y feliz la inspiración. Esa es nuestra esperanza -en carencia, ya, de *espoir*.

Sirva, de paso, este primer número, como recuerdo, aún presente, y como homenaje a los tres primeros Profesores -ya jubilados- del Departamento, D. Jesús Cantera, D. Daniel Poyán y D. Luis López Jiménez. Ellos han contribuido a configurarlo tal como es. Y algunas de nuestras principales virtudes de ellos heredadas, a pesar de lo anteriormente dicho, son la ilusión y el empeño.

JAVIER DEL PRADO BIEZMA